

PUNTO DE FUGA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 35

PUNTO DE FUGA

por

Elizabeth Flores



Secretaría de
culturaDF

*F*ICTICIA

MÉXICO

2012

PUNTO DE FUGA

D.R. © Elizabeth Flores

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Edición: marzo 2012

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL DISTRITO FEDERAL

Gobierno del Distrito Federal

Secretaría de Cultura

Coordinación de Fomento a la Lectura y el Libro

Publicaciones

Colección Biblioteca de la Ciudad

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-7693-41-3

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

EL MAR EN LA CABEZA.....	9
EL CEMENTERIO MARINO.....	17
... <i>WITH A CLAMP IN ITS JAWS</i>	21
EL ÁRBOL QUE FLORECE EN INVIERNO.....	29
PUNTO DE FUGA.....	35
X.....	43
UN CARTUCHO.....	45
NIÑA.....	47
SAN LORENZO.....	49
DESAYUNO.....	53
ACOSO.....	57
LA MUJER DE LA LIMPIEZA.....	61
BUENAS INTENCIONES.....	65
SANTA JULIA.....	69
UNO DE CADA CUATRO HOMBRES QUE VIAJAN EN METRO.....	75
<i>DIES IRAE</i>	79
OLIVETTI.....	83
TRABAJOS FORZADOS.....	87
LOS RELOJES.....	89

EL MAR EN LA CABEZA

No es que no sepa nadar. No es que vaya a ahogarme. Un episodio demuestra lo contrario; ya se verá cómo se puede malinterpretar.

Tendría cuatro o cinco años cuando me llevaron por primera vez al mar. A mis padres, en esa época aún de dicha, les gustaba viajar. Siempre éramos al menos dos familias, a veces tres: los Acosta, los Trejo y nosotros. Las posibilidades, según mi padre, de que sucediera alguna desgracia, disminuían. En ocasiones viajábamos toda la noche, sin parar. Recuerdo a mi madre dormida, abrazándome, o a mi hermano y yo acurrucados, siempre dos extraños, en el asiento trasero del auto, un Dodge rojo 75. Despertarse de cuando en cuando, a media mañana, preguntando si faltaba mucho, y ser tranquilizados por la voz de mi padre:

—Shh, duérmanse, al rato verán el mar.

No recuerdo el viaje, ni las sensaciones del camino, aunque las fotografías confirman el modelo del auto. Hay otra imagen, en algún mirador, en la que poso para la cámara, lista para el mar, en un traje de baño azul con blanco, las manos extendidas sosteniendo una toalla blanca por encima de mi cabeza, a manera de alas; el cuerpo un poco encorvado, la mirada ceñuda.

—Estabas furiosa por el sol —sonríe mi padre al recuerdo.

—Te creías vampiro —corrige mi madre, sarcástica.

—Siempre has sido muy sensible al sol, te salían pústulas en los labios; lo odiabas, te daba fiebre, no podías dormir —mi padre entorna los ojos, culpable por haberme heredado tan poca melanina.

—Te creías vampiro y decías que el sol te quemaba —insiste mi madre, orgullosa de su piel morena, siempre con la mirada lista para hallar su huella en mí.

—Sí, pero eso lo inventaste porque te molestaban en la escuela, inventabas cada cosa —anota mi padre, incómodo.

—Sí, inventabas cada cosa —concede mi madre, harta.

El episodio, del que sólo conservo el recuerdo de la fotografía, se borró de mi memoria por completo. Queda de él, sin embargo, el cadáver de una imagen que representa casi cualquier cosa que se quiera inventar.

La primera parte del viaje culminó en Veracruz, en un lugar de nombre Montepío que, en mi mente, siempre permanecerá como la mítica playa virgen: había palmeras, y un perro insolado y agresivo al que mi madre ofreció agua fresca.

El primer recuerdo del mar que tengo no es una bahía, sino mar abierto: una punta de arena hiriendo la boca gigantesca de las olas. A los lados, en la base de la punta, rocas negras y desperdicios abandonados por la resaca. “Mar abierto”, escuché la expresión varias veces ese fin de semana; luego de muchos años aún me representa el terrible poder de la naturaleza, incluso tras el gran temblor. El “mar abierto” de Veracruz hería más en el temor por las cosas adultas, las que me rebasaban.

Mentiría si dijera que recuerdo la primera impresión que tuve del mar; lo que recuerdo viene después, y los hechos los recuerdan mejor mis padres, quienes, dependiendo del humor, fingen haberlo olvidado o ríen nerviosos al recordarlo.

Era casi mediodía, los coches avanzaban lentos por kilómetros y kilómetros de terracería, a intervalos había trabajadores que cortaban caña y miraban, entre curiosos —según mi padre— y amenazantes —según mi madre—, la caravana de tres autos cargados de maletas, niños y tiendas de campaña. En algún punto el camino se ensanchó un poco, y mi padre, desesperado por salir de la selvática situación, pisó a fondo el acelerador. Unos metros adelante un perro famélico intentó cruzar el camino. El golpe no fue directo, apenas lo suficiente para lanzarlo unos metros más allá. Los tres autos frenaron y, repentinamente, dos niños llorosos se abalanzaron sobre el animal, maltrecho y moribundo.

Tampoco recuerdo la imagen con claridad. Es mi padre el que no la olvida. Sus ojos se contraen un poco; también el entrecejo. Pobre gente, digo yo que me quise bajar, pero no tenía caso. Otro niño, quizás adolescente, aunque de estatura disminuida a causa de la desnutrición, se acercó llevando en las terrosas manos una bolsa de plástico que contenía media docena de trozos de caña.

—Compre caña —la frase flotó indecisa entre la orden y la súplica hasta que mi madre, temblando ante la mirada imprecisa y pétrea de los adultos que se acercaban, alargó unas monedas que apenas cupieron en la mano izquierda del vendedor. Al instante, las cuatro ventanas del auto y las respectivas de los dos coches que habían quedado atrapados detrás de nosotros, fueron rodeadas de niños descalzos.

—Compre tacos, compre caña —decían cansados, apenas con la perspectiva de las monedas que entibiaban el tono.

—¿Me da taco? —creí escuchar, pero fue mi madre la que palideció.

Los rostros eran, quizás, otros.

Las voces, sin embargo, eran las mismas, cansadas y bajas.

—¿Me da caña?

—El tiempo que tarda uno en contar estas cosas siempre es más largo que aquel en el que sucedieron —dice mi madre, mirando de nuevo la foto en la que aparezco parada al borde de un precipicio.

Sé bien qué foto es la que sigue y lo que está a punto de suceder. Conozco los detalles de la escena: me levanto a hacer café, agarro la mano de mamá para contarle una vez más de aquel perro que a los cinco años me saltó encima, y que yo pensé me iba a comer. O de Ivan, el hijo de la vecina, que se cayó del techo y se rajó en dos la cara.

Pero eso no en esta ocasión; mi madre pasa rápido la página. La foto aparece añejada con un color amarillento en las orillas, y el olor a pegamento nos quita el habla. No. Por supuesto que no es eso. La fotografía, viéndolo bien, ahora sería considerada no sólo impropia, sino incluso sexual y políticamente incorrectísima.

Un Chac Mool semidestruido. Dos niños miran a la cámara. Mi hermano sonríe. Yo, reprimiendo la sonrisa, finjo estar muerta.

—Cierra los ojos. Y tú, levántate la playera, que parezca que te va a sacar el corazón, pero acuérdate que lo hacían por debajo de las costillas.

Mi madre observaba desde algún lugar detrás de mi padre, cansada de discutir, temerosa de un castigo sobrenatural o eterno por participar en una farsa que involucraba leyendas de canibalismo, sacrificios humanos y adoración pagana.

Así que mi madre, veinte años más tarde, sentada en la sala de su casa, mira la fotografía y hace el gesto mecánico de cubrirla, incluso despega un poco la orilla. El pegamento amarillo que ha quedado descubierto, cruje. Yo la miro de reojo, señalando otra fotografía de la página, en la que

la familia mira una isla llena de monos araña que gritan y se lanzan basura.

—¿Te acuerdas que preguntaron si queríamos que los monos jugaran con los niños?

Ambas quedamos en silencio, con los pensamientos casi paralelos, apenas desfasados unos días: la isla de los monos sucedió antes que el sacrificio en el Chac Mool. Pero las dos hemos vuelto atrás treinta años. Nuestras manos sobre el enorme álbum casi se tocan.

Nunca me he parecido a mi madre. Miro una fotografía de ella a mi edad y me recorre un escalofrío. Alguna vez que discutíamos, como si valiera la pena ponernos de acuerdo, gritó que mis similitudes con mi padre la sacaban de quicio.

—La misma maldita expresión de autosuficiencia, como si no bastara con que cada día te parezcas más a él.

Yo di un portazo y no volví en tres días. Era la época en que aún resentía su ausencia.

Nuestras manos, tan distintas, no se tocan hace tiempo. Por un instante quiero tomarla de la mano, decirle que no importa, que puede quitar todas esas fotografías del álbum, que ya no importa.

Pero pasa la página y aparece Montepío. Ella se sonríe y yo también. ¿De qué humor estará hoy? Es temprano, si se enoja aún tengo tiempo de prepararle su té preferido, correr a la tienda a comprar helado de fresa e irme sin sentir culpa.

—¿Te acuerdas? —tensa un poco los brazos, pero se relaja al instante, está de buen humor.

—Sí, la primera vez que te metiste al mar, casi te ahogas. Me dio tanto miedo —su voz adquiere un tono extraño, uno que no le conocía—. Tenías cinco años, ¿te acuerdas?

Quedamos en silencio y voy a la cocina. El fuego calienta el agua en la tetera. Las burbujas comienzan a subir. Burbujas. Espuma. Eso es lo que recuerdo. Ese es mi primer

recuerdo del mar: la espuma en mis oídos, en mi nariz, en mi boca. Espuma en mi cabeza. Arriba fue abajo y adentro de mí estuvo el mar que me rodeaba.

—Mis piernas flotaron, surgieron un momento antes de desaparecer —dijo después mi padre.

Las olas no eran peligrosas. Pero yo tenía cinco años. Mi padre abrió la puerta trasera del auto y yo salté a la arena caliente. Parecía, según mi madre, un animalito enloquecido. Corrí los doscientos metros que me separaban de la lengua húmeda. Y no me detuve.

—Todo ocurrió muy rápido —contaba después mi madre, aunque no con frecuencia—. El señor Morales —tras el divorcio, siempre que hablaban del otro con algún extraño usaban sus apellidos— era un irresponsable; estaba de espaldas y no vio a la niña corriendo hacia el *mar abierto* —lo decía como decía *el diablo, el lobo, el divorcio*—, cuando yo corrí ya era demasiado tarde, la ola la había arrastrado.

Espuma, espuma, sal, arena, la ola, el sonido que después volvería a escuchar, apagado por una caracola marina. Fue —alguien me explicó después— el instinto de supervivencia. La ola, que no era muy poderosa, ni muy alta, me soltó a unos metros de la orilla, y se retiró un poco preparando la nueva embestida. Mis manos se asieron entonces de la arena que cedía inexorable, como un animal que ha sido descubierto y se retira buscando el cobijo, cualquier escondrijo.

Mis dedos se clavaban en la arena, cada vez más desesperados, y la resaca me sorbía como un grano de arena más. Las manos, otras, más grandes, me levantaron en vilo y las voces se hicieron claras. La única y estentórea del mar se deshizo en las conocidas de los adultos que me rodeaban, y en la de los niños a quienes se pedía que no se acercaran.

«PUNTO DE FUGA»
DE ELIZABETH FLORES
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MARZO DE 2012 EN
LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.
CERRO TRES MARÍAS No. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.
EL TIRAJE FUE DE 1500 EJEMPLARES.